

LA FACULTAD DE DERECHO DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA Y LA DIRECCION DE LA REVISTA PRESENTAN UN SALUDO MUY ESPECIAL A SU EMINENCIA ALFONSO LOPEZ TRUJILLO, ARZOBISPO DE MEDELLIN Y GRAN CANCELLER DE NUESTRA ALMA MATER POR LA DISTINCION ESPECIAL DE QUE HA SIDO OBJETO POR SU SANTIDAD JUAN PABLO II, ELEVANDOLO A LA DIGNIDAD CARDENALICIA.

LA FACULTAD Y LA REVISTA LE DESEAN A SU EMINENCIA MUCHOS EXITOS EN SUS LABORES PROPIAS DE TAN ALTA INVESTIDURA.



(Foto Acosta)

Eminentísimo Señor Cardenal Alfonso López Trujillo,
Arzobispo de Medellín,
Gran Canciller de la U.P.B.

Al recibir esta tarde la Cruz Bolivariana de Oro con que el Honorable Consejo Directivo ha querido honrarme, quiero expresar mis más sinceros agradecimientos por esta distinción que acrecienta y refuerza mis vínculos con esta querida y benémerita Universidad.

Es ella la expresión de la fe y del dinamismo de una generación, viva aún y palpitante en la persona de un gran número de sus meritorios fundadores, que encontró comprensión y eficaz acogida en el celo clarividente de un ilustre Arzobispo que le dio vida e hizo de ella una institución eclesiástica con un documento de legitimidad cristiana que el correr de los tiempos no logrará desvirtuar. Su esencia de Universidad no está, ni puede estar reñida con su carácter de católica y pontificia, que está diciendo a todos cuál su origen, cuál su ideario, cuál la función que está llamada a cumplir, sin convertirse en ghetto cerrado, sino abierto a todos como abiertos están los brazos de la Cruz de Cristo.

El nuevo Código de Derecho Canónico promulgado hace apenas unas semanas por el Papa Juan Pablo II, establece en su canon 807: "La Iglesia tiene el derecho de erigir y dirigir universidades que contribuyan a promover una más alta cultura humana, a una más plena promoción de la persona humana y a la realización de la misión docente de la Iglesia misma". Estas breves líneas nos dan, apretada síntesis, la razón de ser y la misión de una Universidad de la Iglesia, como es nuestra Pontificia Bolivariana.

Ella es y ha de ser en primer lugar Universidad, esto es: hogar intelectual al que se acogen los que sienten que al amor a la verdad les quema el alma. Desde que surgieron en el medio-evo las primeras comunidades de estudiantes y de profesores, fue la investigación, es decir, la búsqueda de la verdad, lo que constituyó la entraña misma de estos centros del pensamiento. Comunidades que giran en torno a la verdad, que la aman y la proclaman, mas no una verdad abstracta, sino una verdad al servicio del hombre. Por eso es la Universidad sagrado recinto donde debe imperar un auténtico humanismo: una clara concepción del hombre unida a un gran respeto por lo que el hombre es y significa. En ella el hombre de hoy debe encontrar respuesta satisfactoria a los grandes interrogantes que le angustian: "¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Cuál es mi destino? ¿Cuál es el sentido de mi existencia?" Estas preguntas plantean el genuino quehacer de una Universidad, especialmente si se trata de una Universidad Católica.

Gabriel Marcel en su libro: "El hombre problemático", nos da una lúcida presentación de la miseria del hombre contemporáneo, que al perder una clara noción de su identidad, anda a tientas, desorientado y confuso, matriculándose a veces en escuelas que, o le exaltan a una posición que parece recordar la ingenua utopía de la primera pareja del paraíso que pretendió ser como Dios, por su propio esfuerzo, o lo deprimen dejándolo en el bajo nivel del "homo faber". Lo primero lo pretendió Feuerbach cuando dijo: "Si el ser humano es para el hombre un ser sumo, la ley primera y suprema, en la práctica será el amor del hombre al hombre. Homo, homini deus est: éste es el nuevo punto de vista, el supremo principio práctico que marcará un giro decisivo en la historia del mundo" (La esencia del cristianismo, Salamanca 1975, p. 286). Un humanismo chato que, al prescindir de Dios, rebajó

al hombre y terminó esclavizándole ante nuevos ídolos, como lo muestra la historia que vivimos. Lo segundo acontece cuando la investigación y las actividades se concentran en la ciencia y la técnica, prescindiendo del hombre a cuyo servicio y engrandecimiento deben dedicarse para tener un sentido. Vivimos hoy realidades en este campo, expresiones impresionantes de esta concepción deprimente del homo faber, que amenazan precipitar al mundo en un verdadero caos.

Max Scheler ya en 1928 decía: “En una historia de diez años nos encontramos ante la primera época en que el hombre se ha hecho radical y universalmente ‘problemático’ para sí mismo: el hombre ya no sabe quién es y tiene conciencia de no saberlo” (Philosophische Weltanschauung, Bonn, 1962, p. 62). Y M. Heidegger escribe: “Ninguna época ha sabido conquistar tantos y tan variados conocimientos sobre el hombre, como la nuestra. . . Sin embargo, ninguna época ha conocido al hombre tan problemático como la nuestra” (Kant e il problema della metafisica, Milán 1962, p. 275).

No andaba, por tanto, equivocado el Papa Juan Pablo II cuando señaló a los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla como uno de los grandes temas de reflexión y estudio: “la verdad sobre el hombre” (Disc. inaug. 1,9). Aquí reside una de las más valederas razones de ser de una Universidad Católica.

Quisiera recordar una vez más, aunque en ocasiones pasadas tuve oportunidad de hacerlo en este claustro, aquellas palabras del Papa en Puebla que con su autoridad indiscutible de maestro supremo y como gran pensador que es, corroboran lo que vengo diciendo: “Quizás, dice, una de las más vistosas debilidades de la civilización actual está en una inadecuada visión del hombre. La nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre, la época de los humanismos y del antropocentrismo. Sin embargo, paradójicamente, es también la época de las más hondas angustias del hombre respecto de su identidad y destino, del rebajamiento del hombre a niveles antes insospechados, época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes” (I. c. I, 9). Y añade: “Frente a otros tantos humanismos, frecuentemente cerrados a una visión del hombre estrictamente económica, biológica o psíquica, la Iglesia tiene el derecho de proclamar la verdad sobre el hombre, que ella recibió de su maestro Jesucristo. Ojalá no impida hacerlo ninguna coacción externa. Pero, sobre todo, ojalá no deje ella de hacerlo por temores o dudas, por haberse dejado contaminar por otros humanismos, por falta de confianza en su mensaje original” (Ibídem).

En esta clara doctrina pontificia encuentra su profunda razón de ser una Universidad Católica como elemento de la misión docente de la Iglesia: ha de ser una palestra donde con honestidad y altura académica se debate la esencia del hombre y la realidad y el sentido de su quehacer: así se encuentra un vértice común desde donde pueden situarse todas las disciplinas para que contribuyan a descubrir y a diseñar los caminos que lleven al hombre a su plena realización, según el plan Creador, que es el más real y el único que salva todos los valores, los enriquece y eleva hasta niveles nunca sospechados por el hombre mismo.

Así la Teología, como “cogitatio fidei”, reflexión seria y metódica sobre los

elementos de la fe cristiana, encuentra su lugar propio en la Universidad, no es una extraña y una usurpadora, porque la Universidad debe abrirse a las grandes dimensiones del hombre y a investigar su destino, y sobre esto tiene mucho que decir y aportar la revelación cristiana que es luz en el difícil sendero del hombre por su historia.

Ante una secularización de los valores cristianos, los creyentes tenemos el deber de hacer presente los elementos de nuestra fe que engrandecen al hombre y le sitúan en el puesto de honor que le está señalando por la voluntad de Dios. Nuestro humanismo no es un humanismo cerrado que aprisiona el hombre dentro de concepciones estrechas, “el humanismo, dice Jacques Maritain, tiende esencialmente a hacer al hombre verdaderamente humano y a manifestar su grandeza original haciéndolo partícipe de todo cuanto puede enriquecerlo en la naturaleza y en la historia. . . El humanismo exige, al mismo tiempo, que el hombre desarrolle sus virtualidades, sus fuerzas creadoras y la vida de la razón, y trabaje por hacer de las fuerzas del mundo físico instrumento de su libertad” (Humanismo integral, Santiago de Chile, 1947, p. 58).

Esta lucha por el hombre en su realidad cristiana es el programa y el desafío de una auténtica Universidad Católica y en ella debe continuar comprometiéndose nuestra Pontificia Bolivariana sin vacilaciones, con altura académica cada vez mayor, caminando con paso firme guiada por los dos grandes ideales que iluminaron su cuna: Cristo, verdad suprema y Bolívar, nuestro gran héroe y libertador.

He aquí algunas reflexiones que quisiera dejar en este momento en el cual recibo de manos de su ilustre rector la Cruz Bolivariana. Si luce ahora sobre el pecho de un Pastor la acepto con humildad en nombre de los Arzobispos que han dado lustre a nuestra Iglesia Particular y han unido su solicitud pastoral a la misión de esta nuestra Universidad.

El mayor timbre de gloria de nuestra Alma Mater y su mejor patrimonio lo constituye las promociones que formadas en esta joya de humanismo cristiano han volcado sus energías en el servicio de la patria.

El Señor conserve en su auténtica entraña y en su genuina identidad esta Universidad que recibe el caudal de su energía del misterio del Crucificado y del Resucitado que libera al hombre plenamente.

Sólo en Cristo halla el hombre de verdad las razones para existir y esperar, para brindar su propia existencia en fraterno ofertorio por los demás. Sólo en Cristo es capaz de hallar la humanidad la clave de su misterio y la explicación de lo que en el designio de Dios es y representa. El hombre es, en efecto, fruto del amor de Dios, su imagen, es Hijo de Dios y en su fidelidad a tan sublime realidad está cifrada su dignidad y grandeza.

El Dios de la historia, del amor, de la vida, nos haga fieles a una tan alta vocación que está a la base de los mejores ideales de quienes han configurado y continúan haciéndolo, la semblanza de esta Universidad.